

miento de los negocios difundido entre las diversas clases de la sociedad, estamos a cubierto de los juegos de cubilete y de las sutilezas de la antigua diplomacia. Sin embargo, no hemos de perder de vista que un *encargado de negocios de Austria*, secretario de Estado en Roma, tiene inconvenientes: hasta hay ciertas notas (como, por ejemplo, las relativas al poder imperial en Italia) que no se podrían poner en manos del cardenal Albani.

»Nadie ha podido averiguar todavía el secreto de un nombramiento que desagrade a todo el mundo, y hasta al gabinete de Viena. ¿Tendrá relación esto con intereses extraños a la política? Se afirma que el cardenal Albani ofrece en este momento al padre santo adelantarle doscientos mil duros que el gobierno de Roma necesita: otros aseguran que esa suma la prestaría un banquero austriaco. El cardenal Macchi me decía el sábado último que no queriendo Su Santidad volver a tomar al cardenal Bernetti, y deseando, sin embargo, darle un alto puesto, no había hallado otro medio de arreglar las cosas que dejar vacante la legación de Bolonia. Pequeñas dificultades llegan con frecuencia a ser motivos de las más importantes revoluciones. Si la versión del cardenal Macchi es cierta, todo cuanto dice y hace Pío VIII para *satisfacción* de las coronas de Francia y Austria no sería más que una razón aparente, medio por el cual trataría de encubrir a sus propios ojos su debilidad. A más de eso, nadie cree en la duración del ministerio de Albani. En cuanto se ponga en relaciones con los embajadores, surgirán dificultades por todas partes.

»Respecto a la posición de Italia, señor conde, hay que leer con precaución lo que le escribían de Nápoles o de otras partes. Es cierto, desgraciadamente, que el gobierno de las Dos Sicilias ha caído en el último grado de desprecio. El modo cómo vive la corte, en medio de sus guardias, asustada siempre, perseguida por los fantasmas del miedo, y no ofreciendo por todo espectáculo más que ruinosas cacerías y suplicios, contribuye más y más a envilecer el trono de aquella nación. Pero se toman por *conspiraciones* lo que es sólo un malestar general, el producto del siglo, la lucha de la vieja sociedad con la nueva, el combate de la decrepitud de las rancias instituciones contra la energía de las genera-

ciones nuevas; en una palabra, la comparación que hace cada cual de lo que es con lo que podría ser. No podemos ocultarlo; el gran espectáculo de Francia poderosa, libre y feliz, ese gran espectáculo que hiera la vista de las naciones que han quedado o vuelto a caer bajo el yugo, excita los sentimientos o alimenta las esperanzas. La mezcla de los gobiernos representativos y de las monarquías absolutas no puede ser durable: es preciso que unos u otras perezcan, que la política tenga un nivel igual, lo mismo que en tiempo de la Europa gótica. La aduana de una frontera no puede separar ya la libertad de la esclavitud: un hombre no puede ser ya ahorcado en la orilla de un arroyo por principios que se reputan como sagrados en la otra orilla. En este sentido, y sólo en este sentido, señor conde, hay *conspiración* en Italia, y en este sentido es también en el que Italia es *francesa*. Desde el momento en que entre en el goce de los derechos que su inteligencia columbra y que la marcha progresiva del tiempo le lleva, estará tranquila y será puramente italiana. No serán unos pobres diablos de *carbonarios* excitados por manejos de policía y ahorcados sin misericordia los que sublevarán este país. Se da a los gobiernos las ideas más falsas de las cosas; se les impide hacer lo que debieran para su seguridad, mostrándoles siempre como conspiradores particulares de un puñado de jacobinos lo que sólo es efecto de una causa permanente y general.

»Tal es, señor conde, la situación verdadera de Italia. Cada uno de sus Estados, además del trabajo común de los ánimos, se encuentra atormentado por alguna enfermedad local; el Piamonte está entregado a una facción; el Milanesado está devorado por los austriacos; los dominios del papa se hallan arruinados por la mala administración de la hacienda; las contribuciones suben a cerca de cincuenta millones y no dejan al propietario el uno por ciento de sus rentas; las aduanas son improductivas; el contrabando es general; el príncipe de Módena ha establecido en su ducado (lugar de franquicia para todos los antiguos abusos) depósitos de géneros prohibidos, y hace entrar éstos por las noches en la legación de Bolonia.

»Ya le he hablado de Nápoles, en donde la debilidad del gobierno sólo se salva por la cobardía de las poblaciones.

»Esta carencia de valor militar es lo

que prolongará la agonía de Italia. Napoleón no tuvo tiempo para hacer revivir ese valor en la patria de Mario y de César. Los hábitos de una vida ociosa y la dulzura del clima contribuyen bastante a quitar a los italianos del Mediodía el deseo de agitarse para estar mejor. Las antipatías nacidas de las divisiones territoriales aumentan las dificultades de un movimiento interior; pero si de fuera llegase algún impulso o si algún príncipe del lado acá de los Alpes otorgara una Carta a sus súbditos, tendría lugar una revolución, porque todo está madurado para ello. Más felices estos pueblos que el nuestro, e instruidos por nuestra experiencia, economizarían los crímenes y las desgracias de que tan pródigos hemos sido.

»Espero, señor conde, recibir pronto la licencia que le pedí; tal vez haré uso de ella. En el momento, pues, de dejar Italia, he creído deber someter a su consideración algunas observaciones generales para fijar las ideas del consejo del soberano, y a fin de tenerle prevenido contra los informes de talentos limitados o de pasiones ciegas.

»Tengo el honor, etc.»

«Roma, 16 de abril de 1829.

»Señor conde: Los cardenales franceses desean saber qué suma se les abonará por sus gastos y su estancia en Roma: me han rogado muchas veces que le escriba sobre el particular; por lo tanto, le estaré infinitamente obligado si me instruye lo más pronto posible de la decisión del rey.

»Por lo que a mí respecta, señor conde, cuando tuvo usted a bien concederme un subsidio de treinta mil francos, no supo que se alojara en mi casa ningún cardenal; pero el señor de Clermont-Tonnerre se ha establecido en ella con toda su comitiva, compuesta de dos conclavistas, un secretario eclesiástico, otro seglar, un ayuda de cámara, dos criados y un cocinero francés, además de un mayordomo romano, un maestresala, tres lacayos, un cochero, y todo ese tren italiano que un cardenal se ve obligado a tener aquí. El arzobispo de Toulouse, que no puede andar, no come a mi mesa, y se necesitan dos o tres comidas a diferentes horas, carruajes y caballos para los comensales y amigos. Mi respetable huésped no abonará seguramente sus gastos aquí; se marchará, y sólo me que-

darán sus cuentas; tendré que pagar, no solamente las del cocinero, lavandera, alquilador de carruajes, etc., etc., sino también la de los cirujanos que curan la pierna de monseñor, del zapatero que hace sus zapatillas blancas y encarnadas, y del sastre que ha *confeccionado* los manteos, las sotanas, los cuellos, el traje completo del cardenal y sus eclesiásticos.

»Si a esto se une, señor conde, mis dispendios extraordinarios por gastos de representación antes, durante y después del cónclave, aumentados por la presencia de la gran duquesa Elena, del príncipe Pablo de Wurtemberg y del rey de Baviera, encontrará usted, sin duda, que los treinta mil francos que me ha concedido se habrán gastado con creces. El primer año del establecimiento de un embajador es ruinoso, siendo inferiores a las necesidades los subsidios destinados al objeto. Son necesarios casi tres años de permanencia para que un agente diplomático pueda encontrar el medio de satisfacer las deudas contraídas antes y ponga sus gastos al nivel de sus ingresos. No desconozco la penuria del presupuesto del ministerio de Estado: si tuviera por mí mismo alguna fortuna, no le importaría: le aseguro que no hay cosa que más me repugne que estos detalles de dinero, en los que una rigurosa necesidad me obliga a entrar, bien a pesar mío.

»Reciba, señor conde, etc.»

FIESTA DE LA VILLA MÉDICIS POR LA GRAN DUQUESA ELENA.—MIS RELACIONES CON LA FAMILIA BONAPARTE. — DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS. — PRESUNCIÓN.— PÍO VII.

Yo había dado bailes y reuniones en Londres y en París, y aunque hijo de otro desierto, no atravesé mal del todo aquellas nuevas soledades; pero no había sospechado lo que podían ser las fiestas en Roma: éstas tienen algo de la poesía antigua, que coloca la muerte al lado de los placeres. En la *villa Médicis*, cuyos jardines son ya un adorno, y en donde recibí a la gran duquesa Elena, la perspectiva es magnífica: por una parte, la *villa Borghese*, con la casa de Rafael; por otra, la *villa* de Monte Mario y los sotos que costean el Tíber; a los pies del espectador, Roma entera, como un antiguo nido de águilas abandonado.

En medio de los bosquecillos se cruzaban con las descendientes de las Paulas y las Cornelias las bellezas que habían llegado de Nápoles, Florencia y Milán: la princesa Elena parecía su reina. Bajando Boreas de repente de la montaña, desgarró la tienda del festín, llevándose pedazos de lienzo y de guirnaldas, como para darnos una idea de todo lo que el tiempo ha barrido en aquellos lugares. La embajada estaba consternada, y yo experimentaba cierta alegría irónica al ver que un soplo del cielo se llevaba mi oro de un día y mis placeres de una hora. El mal se reparó en seguida; en vez de almorzar en el terrado, almorzamos en el elegante palacio: la armonía de las trompas y de los oboes, dispersada por el viento, se parecía al murmullo de mis selvas americanas. Los grupos que se regocijaban en los vendavales; las mujeres cuyos velos sacudidos azotaban sus rostros y cabelleras; el *sartarello* que continuaba con el temporal; la improvisadora que declamaba a las nubes; el globo, que subía oblicuamente, con la cifra de la hija del Norte; todo esto prestaba un carácter nuevo a aquellos juegos a que parecían mezclarse las tempestades ordinarias de mi vida.

¡Qué prestigio para cualquier hombre que no hubiera contado su porción de años, y hubiera pedido ilusiones al mundo y a la tempestad! Me cuesta trabajo acordarme de mi otoño cuando en mis reuniones veo pasar delante de mí esas mujeres de la primavera que giran entre las flores, los conciertos y las arañas de mis continuadas galerías; parecen cisnes que nadan hacia climas radiantes. ¿A dónde van? Unas buscan lo que ya amaron; otras lo que no aman todavía. Al fin del camino caerán en estos sepulcros abiertos siempre aquí, en los antiguos sarcófagos que sirven de taza a fuentes suspendidas en pórticos, yendo a aumentar tantas cenizas leves y encantadoras. Aquellas olas de bellezas, diamantes, flores y plumas se agitan al sonido de la música de Rossini, que se repite y debilita de orquesta en orquesta. ¿Es esa melodía el suspiro de la brisa que yo escuché en las sabanas de las Floridas, el gemido que oí en el templo de Erecteo, en Atenas? ¿Es la queja lejana de los aquilones que me mecían en el Océano? ¿Estaría escondida mi sílfide bajo la forma de algunas de aquellas brillantes italianas? No: mi dríada ha permanecido unida al sauce de los prados, en donde

yo hablaba con ella al otro lado del bosque de Combours. Soy muy extraño a esos regocijos de la sociedad que sigue mis pasos hacia el término de mi carrera; y, no obstante, hay en esta visión una especie de embriaguez que me sube a la cabeza, y de la que sólo puedo librarme yendo a refrescar mi frente a la plaza solitaria de San Pedro o al Coliseo desierto. Allí los pequeños espectáculos de la tierra desaparecen, y nada encuentro igual al brusco cambio de la escena que las antiguas tristezas de mis primeros días.

Voy a consignar aquí ahora mis relaciones como embajador con la familia Bonaparte, con objeto de vindicar a la Restauración de una de esas calumnias que se le echan en cara.

Francia no ha obrado sola en el destierro de los miembros de la familia imperial; no hizo más que obedecer la dura necesidad impuesta por la ley de las armas: los aliados fueron los que provocaron ese destierro. Convenios diplomáticos, tratados formales decretaron el destierro de los Bonapartes, les prescribieron hasta los sitios en donde deben habitar, y prohibieron a un ministro o a un embajador de las cinco potencias dar *por sí solo* pasaporte a los parientes de Napoleón, exigiendo el visto-bueno de los otros cuatro ministros o embajadores. ¡Tanto asustaba a los aliados aquella sangre de Napoleón, aun cuando no corriera por sus propias venas!

A Dios gracias, jamás me he sometido a esas medidas. En 1823, siendo ministro de Estado, sin consultar a nadie, a despecho de los tratados y bajo mi propia responsabilidad, di un pasaporte a la condesa de Survilliers, a la sazón en Bruselas, para venir a París a cuidar a uno de sus parientes que estaba enfermo. Veinte veces he propuesto la revocación de esas leyes de persecución; veinte veces he dicho a Luis XVIII que quería ver al duque de Reichstadt capitán de sus guardias, y la estatua de Bonaparte otra vez en lo alto de la columna de la plaza de Vendôme. Como ministro y como embajador he prestado todos los servicios que he podido a la familia de Napoleón. Así es cómo yo he comprendido ampliamente la monarquía legítima: la libertad puede mirar la gloria de frente. Siendo embajador en Roma, autoricé a mis secretarios y agregados para presentarse en el palacio de la duquesa de

Saint-Leu, e hice desaparecer la separación establecida entre franceses que conocieron igualmente la adversidad. Escribí al cardenal Fesch invitándole a unirse a los cardenales que debían reunirse en mi casa; manifestándole mi pesar por las medidas políticas que se había creído deber tomar; le recordé la época en que yo formé parte en su misión cerca de la Santa Sede, rogando a mi antiguo embajador que honrase con su presencia el banquete de su antiguo secretario de embajada. Recibí de él esta respuesta, llena de dignidad, discreción y decoro:

«Palacio Falconieri, 4 de abril de 1829.

»El cardenal Fesch se muestra sumamente reconocido a la obsequiosa invitación del señor de Chateaubriand; pero su posición a su regreso a Roma le aconsejó abandonar el mundo y hacer una vida separada de toda sociedad extraña a su familia. Las circunstancias que se siguieron le demostraron que semejante partido era indispensable para su tranquilidad, y no garantizándole las dulzuras del momento de los sinsabores del porvenir, se ve obligado a no cambiar de modo de vivir. El cardenal Fesch ruega al señor de Chateaubriand que esté convencido de que nada iguala a su reconocimiento y de que con harta pesar no irá a casa de S. E. con la frecuencia que desearía.

»El humildísimo, etc.

»CARDENAL FESCH.»

La frase del anterior billete *no garantizándole las dulzuras del momento de los sinsabores del porvenir*, hace alusión a la amenaza del señor de Blacas, quien dió orden de arrojar al cardenal Fesch por la escalera abajo si se presentaba en la embajada de Francia. El señor de Blacas olvidaba demasiado que no siempre había sido tan gran señor. Yo, que para ser, no lo que puedo, sino lo que debo ser en la actualidad, recuerdo sin cesar mi pasado, he procedido de distinta manera con el arzobispo de Lyon; las pequeñas diferencias que existieron en otro tiempo entre nosotros, en Roma, me obligaron a miramientos tanto más respetuosos, cuanto que estoy, a mi vez, en el partido triunfante y él en el partido caído.

Por su parte, el príncipe Jerónimo me hizo el honor de reclamar mi interven-

ción, mandándome copia de una exposición que dirigió al cardenal secretario de Estado. Me dice en su carta:

«El destierro es bastante horrible, tanto en su principio como en sus consecuencias, para que esa generosa Francia, que lo ha visto nacer (al príncipe Jerónimo); esa Francia, que posee todos sus afectos, y a quien ha servido por espacio de veinte años, quiera agravar su situación permitiendo a cada gobierno abusar de lo delicado de ella.

»El príncipe Jerónimo de Montfort, confiando en la lealtad del gobierno francés y en el carácter de su noble representante, no vacila en creer que se le hará justicia.

»Aprovecho esta ocasión, etc.

»JERÓNIMO.»

A consecuencia de esta invitación envió una nota confidencial al secretario de Estado, cardenal Bernetti, que termina con estas frases:

«Habiéndole parecido al infrascrito fundados en derecho y en razón los motivos expuestos por el príncipe Jerónimo de Montfort, no ha podido rehusar al reclamante la intervención de sus buenos oficios, persuadido de que el gobierno francés verá siempre con sentimiento agravar con medidas suspicaces el rigor de las leyes políticas.

»El infrascrito considera de un valor especial obtener en esta circunstancia el poderoso interés de S. E. el cardenal secretario de Estado.

»CHATEAUBRIAND.»

Al mismo tiempo contesté al príncipe Jerónimo lo que sigue:

«Roma, 9 de mayo de 1829.

»El embajador de Francia cerca de la Santa Sede ha recibido copia de la nota que el príncipe Jerónimo de Montfort le ha hecho el honor de enviarle, y apresurándose a darle gracias por la confianza que se ha dignado manifestarle, considerará como un deber el apoyar cerca del secretario de Estado de Su Santidad las justas reclamaciones de su alteza.

»El vizconde de Chateaubriand, que también ha estado desterrado de su patria, se tendría por muy dichoso en poder suavizar la suerte de los franceses que sé encuentran bajo la severidad de

una ley política. El hermano desterrado de Napoleón, dirigiéndose a un emigrado borrado en otro tiempo de la lista de los proscritos por el mismo Bonaparte, es uno de esos juegos de la fortuna que debía tener por testigo las ruinas de Roma.

»El vizconde de Chateaubriand tiene el honor, etc.»

Al conde de Portalis.

«Roma, 4 de mayo de 1829.

»He tenido el honor de comunicarle en mi carta de 30 de abril, acusando el recibo de su despacho número 25, que el papa me había recibido en audiencia particular el 29 de abril, a las doce del día. Me ha parecido que el pontífice goza de completa salud; me hizo sentar a su presencia, y me retuvo por espacio de cinco cuartos de hora. El embajador de Austria había tenido antes que yo una audiencia pública para entregar sus nuevas credenciales.

»Al salir del despacho de Su Santidad en el Vaticano fui a ver al secretario de Estado, y abordando francamente la cuestión, le dije: «Vamos, ya ve cómo le tratan nuestros periódicos: *es usted austriaco, detesta a Francia*, quiere jugarle malas pasadas... ¿qué debo pensar de todo eso?»

»Se encogió de hombros, y me respondió: «Sus periódicos me hacen reír; no puedo convencerle con mis palabras, si no está convencido; pero póngame a prueba, y verá si no quiero a Francia y si no hago lo que me pida usted en nombre de su rey.» Creo sincero al cardenal Albani, señor conde; siente una profunda indiferencia por los asuntos religiosos; no es sacerdote, y hasta ha pensado en dejar la púrpura, y casarse: no quiere a los jesuitas, porque le incomodan con el ruido que hacen; es perezoso, glotón y le gustan los placeres; el tedio que le inspiran los despachos y las cartas pastorales le hacen muy poco favorable a la causa de los autores de unos y otras; este anciano de ochenta años quiere morir en paz y gozando.

»Tengo el honor, etc.»

Visito frecuentemente el Monte-Cavallo: la soledad de sus jardines se aumenta con la soledad de la campiña romana que la vista va a buscar por encima de Roma subiendo la orilla derecha del Tíber. Los jardineros son amigos míos:

varias avenidas de árboles conducen a la Panetería; pobre alquería cuyos habitantes son indigentes y pacíficos como los papas actuales. Mirando abajo desde los terrados del recinto del Quirinal, se divisan en una calle estrecha mujeres que trabajan en las ventanas de los diferentes pisos: las unas bordan y las otras cardan en el silencio de aquel barrio apartado. Las celdas de los cardenales del último cónclave no me producen el menor interés. Cuando estaba edificándose San Pedro, y se encargaban obras maestras a Rafael, y los reyes venían al mismo tiempo a besar la sandalia del papa, había algo digno de atención en el pontificado temporal. Vería con gusto el alojamiento de un Gregorio VII, de un Sixto V, como buscaría la fosa de los leones en Babilonia; pero los oscuros agujeros abandonados de una obscura compañía de septuagenarios sólo me representan aquellos *columbarii* de la antigua Roma, vacíos ahora de sus cenizas y de donde ha volado una familia de muertos.

Paso, pues, rápidamente de las celdas ya medio derruidas para pasearme por los salones del palacio: allí todo me habla de un suceso de que no se halla vestigio sino remontando hasta Sciarra Colonna, Nogaret y Bonifacio VIII.

Mi primero y mi último viaje a Roma se entrelazaban por recuerdos de Pío VII, cuya historia he referido al hablar de la señora de Beaumont y de Bonaparte. Mis dos viajes son dos pechinas diseñadas bajo la bóveda de mi monumento. Mi fidelidad al recuerdo de mis antiguos amigos debe inspirar confianza a los que aun me quedan: nada descende para mí a la tumba: todo cuanto he conocido vive a mi alrededor: según la doctrina india, la muerte, al tocarnos, no nos destruye; sólo nos hace invisibles.

Al conde de Portalis.

«Roma, 7 de mayo de 1829.

»Señor conde: Recibo al fin, por medio del señor Desgranges y Franqueville, su despacho número 25. Este despacho, redactado por algún escribiente de poca educación del ministerio de Estado, no era el que debía aguardar después de los servicios que he tenido la dicha de prestar al rey durante el cónclave; y, sobre todo, hubiera debido tenerse algo en cuenta la persona a quien iba dirigido.

Ni una palabra atenta para el señor Bellocq, que ha obtenido tan escasos documentos; nada sobre la petición que hacía yo en su favor; comentarios inútiles sobre el nombramiento del cardenal Albani; nombramiento hecho en el cónclave, y que, por lo tanto, nadie pudo prever ni evitar; nombramiento sobre el cual no he cesado de enviar aclaraciones. En mi despacho número 34, que sin duda habrá usted recibido ya, todavía le presento un medio muy sencillo de desembarazarse de ese cardenal, si tanto es el miedo que infunde a Francia; y ese medio estará ya gran parte ejecutado cuando reciba usted esta carta: mañana me despediré de Su Santidad, entregando mi embajada al señor Bellocq, como encargado de negocios, con arreglo a las instrucciones de su despacho número 24, y marcharé a París.

»Tengo el honor, etc.»

Este último billete es agrio, y termina bruscamente mi correspondencia con el señor de Portalis.

El amigo del gran L'Hôpital, el canceller Olivier, en su lengua del siglo xvi, que desafiaba a la honradez, compara a los franceses con las monas que gatean por las cimas de los árboles y no cesan de subir hasta que han llegado a la rama más alta, para enseñar lo que deben ocultar. Lo que ha ocurrido en Francia desde 1789 hasta nuestros días prueba la exactitud del símil: cada hombre, al subir hacia la cima de su vida, es como la mona del canceller, y concluye por exponer sin reparo sus debilidades a los transeúntes. Al término de mis despachos me siento acometido del deseo de envanecerme; los grandes hombres que pululan en la actualidad demuestran que hay engaño en no proclamar uno mismo su inmortalidad.

¿Ha leído usted en los archivos del ministerio de Estado la correspondencia diplomática relativa a los sucesos más importantes en la época en que ocurrieron?—No.

¿Ha leído, al menos, las correspondencias impresas? ¿Conoce las negociaciones de Du Bellay, de D'Ossat, de Du Perron, del presidente Jeannin, las Memorias de Estado de Villeroy, las Economías reales de Sully? ¿Conoce los despachos de Barillon sobre los asuntos de Inglaterra? ¿No le son desconocidas las negociaciones para la sucesión de Espa-

ña, ni tampoco el nombre de la princesa de los Ursinos? ¿Ha hojeado el pacto del señor de Choiseul, y conoce a Jiménez, Olivares y Pombal, a Hugo Grocio sobre la libertad de los mares, sus cartas a los dos Oxenstiern, las negociaciones del gran pensionado de Witt con Pedro Grocio, hijo segundo de Hugo, y, por fin, la colección de los tratados diplomáticos?—No.

¿De modo que nada ha leído de esas sempiternas elucubraciones? Pues bien, léalas, y cuando lo haya hecho, repase mi guerra de España, cuyo éxito le incomoda, no obstante ser el primer título para considerarme entre los hombres de Estado; tome mis despachos de Prusia, de Inglaterra y de Roma, y colóquelos al lado de los otros despachos que le indico; entonces, con la mano sobre la conciencia, diga cuáles son los que le incomodan más; si mis trabajos y los de mis antecesores no son semejantes en un todo, y si la inteligencia de las cosas pequeñas y de lo *positivo* no se halla tan manifiesta por mi parte como por la de los ministros y embajadores que han pasado.

En primer lugar notará que todo lo abarco; que me ocupo de Reschid Bajá y del señor de Blacas; que defiendo contra todos mis privilegios y mis derechos de embajador de Roma; que soy cauteloso, falso (cualidad eminente), fino, hasta el extremo de que habiéndome escrito el señor de Funchal en una posición equívoca, no le contesté, y fui a verle por una política astuta, a fin de que no pueda enseñar una línea mía, y quede, sin embargo, satisfecho. Ni una frase imprudente puede reprendérseme en mis conversaciones con los cardenales Bernetti y Albani, los dos secretarios de Estado; nada se me escapaba; desciendo hasta las más pequeñas minuciosidades, y normalizo la contabilidad en los asuntos de los franceses en Roma, de un modo tal, que todavía subsiste sobre las mismas bases que yo dejé. Con una mirada de águila noto que el Tratado de la Trinidad del Monte entre el Vaticano y los embajadores Laval y Blacas es abusivo, y que ninguna de las dos partes había tenido derecho para hacerlo. Me procuro el diario secreto del cónclave, cosa que ningún embajador había podido conseguir jamás; y envío, día por día, la lista nominal de los escrutinios. No descuido la familia de Bonaparte, y no desespero de inducir con

ciertas atenciones al cardenal Fesch a presentar su dimisión del arzobispado de Lyon. Si se mueve algún carbonario, lo sé en seguida, y juzgo de la mayor o menor verdad de la conspiración: si algún eclesiástico intriga, no lo ignoro, y frustró los planes que se habían fraguado para alejar a los cardenales del embajador de Francia. Por último, descubrió que el cardenal Latil confía un secreto importante en el seno del penitenciario mayor. ¿Está usted satisfecho? ¿Es hombre ése que sabe su oficio?

Considérese ahora desde otro punto de vista: si se comparan mis cartas oficiales con las cartas oficiales de mis antecesores, se verá que en las mías se tratan tanto los asuntos generales como los particulares; que me veo arrastrado por el carácter de las ideas de mi época, a una región más elevada del espíritu humano. Esto puede notarse especialmente en el despacho en que hablo al señor de Portalis del estado de Italia, en donde muestro el desprecio de los gabinetes que consideran como conspiraciones particulares lo que no es más que el desarrollo de la civilización. La *Memoria sobre la guerra de Oriente* expone también verdades de un orden político que se apartan de las vías comunes. He hablado con dos papas de otras cosas que de intrigas de gabinete, obligándoles a hablar conmigo de religión, de libertad, de los destinos futuros del género humano. Me atreví a decir a hombres ancianos que avanzasen y pusieran la religión al frente de la marcha de la sociedad.

Lectores, esperad a que haya terminado mis elogios para llegar después al objeto, a la manera del filósofo Platón, dando vueltas a su idea. Muchos escritores de nuestros días tienen la manía de desdeñar su talento literario por seguir su talento político, apreciándolo en mucho más que al primero. A Dios gracias, me domina el instinto contrario, y hago poco caso de la política, por la misma razón de que fui afortunado en este juego. Para ser hombre superior en negocios no hay que tratar de adquirir cualidades, sino de perderlas. Yo reconozco en mí descaradamente la aptitud para las cosas positivas, y no me hago la menor ilusión sobre el obstáculo que en mí se opone a un éxito completo. Ese obstáculo no proviene de la musa, sino de mi indiferencia por todo.

La indiferencia, lo reconozco, es una

cualidad de hombres de Estado; pero de hombres de Estado sin conciencia. Hay que saber mirar los sucesos con ojos enjutos; tragar culebras como si fueran malvasía; no hacer caso con respecto a los demás de moral, justicia ni padecimientos, con tal de que en medio de las revoluciones sepa uno encontrar su fortuna particular. Porque a esos espíritus trascendentales, el accidente, bueno o malo, tiene que proporcionarles algo, y debe hacer negocio con un trono, con un ataúd, con un juramento o con un traje; la tarifa está marcada por los Mionnet de las catástrofes y de las afrentas; yo no soy entendido en esta numismática. Desgraciadamente es doble mi indolencia, y no tengo más afán por mi persona que por los hechos. El desprecio del mundo provenía a San Pablo, ermitaño, de su fe religiosa; el desdén de la sociedad procede en mí de mi incredulidad política. Esta incredulidad me encumbraría grandemente en una esfera de acción, si más cuidadoso de mi necio individuo supiera al mismo tiempo humillar y vestirlo. Por más que hago, nunca paso de ser un pobre hombre sencillamente obtuso y completamente desnudo, sin saber arrastrarme ni coger.

D'Andilly, al hablar de sí propio, parece haber pintado un lado de mi carácter. «Nunca tuve — dice —, ninguna ambición, por tener demasiada, no pudiendo sufrir esa dependencia que encierra en límites tan reducidos los efectos de la inclinación que Dios me ha dado hacia cosas grandes, gloriosas para el Estado, y que pueden procurar la felicidad de los pueblos, sin que me fuera posible mirar en todo eso mis intereses particulares. Yo no era propio sino para un rey que hubiese reinado por sí mismo, y no hubiera tenido otro deseo que el de hacer su gloria inmortal.» En este caso, yo no sirvo para los reyes del día.

Ya que os he conducido de la mano por los más recónditos senderos de mis méritos, y os hice ver todo lo que hay de particular en mis despachos, como uno de mis camaradas del Instituto, que canta sin cesar su fama y enseña a los hombres a que le admiren, os diré a lo que quiero venir a parar con mis alabanzas: demostrando lo que pueden hacer los literatos en los empleos, voy a defenderlos contra la gente de diplomacia, de mostrador y de oficina.

¿Quién ha sido más literato en Francia que L'Hôpital, el Horacio póstumo;

que D'Ossat, hábil embajador; que Richelieu, esa robusta cabeza que, no contenta con dictar *tratados de controversia* y redactar *memorias e historias*, inventaba continuamente cuentos dramáticos, rimaba con Malleville y Boisrobert, y daba a luz, con el sudor de su frente, la Academia y la *Gran Pastoral*? ¿Acaso fué buen ministro por haber sido mal escritor? Pero la cuestión no es del mayor o menor talento, sino de la pasión por la tinta y el papel; pues bien, nunca el señor de l'Empyrée mostró mayor ardor ni hizo más gastos que el cardenal por arrebatar la palma del Parnaso, hasta el extremo de costarle la representación de su *tragicomedia de Miramo* doscientos mil escudos. Si en un personaje político y literato a la vez, la medianía del poeta constituyera la superioridad del hombre de Estado, sería preciso inferir que la debilidad del hombre de Estado era resultado de la energía del poeta: no obstante, ¿el genio de las letras destruyó el genio político de Solón, elegíaco igual a Simónides; de Pericles, que robaba a las musas la elocuencia con que subyugaba a los atenienses; de Tucídides y Demóstenes, que tanto encumbraron la gloria del escritor y del orador, al par que consagraban sus días a la guerra en la plaza pública? ¿Destruyó el genio de Jenofonte, que efectuó la retirada de los diez mil, pensando en la *Ciropeya*; de los dos Escipiones, el uno amigo de Lelio y asociado el otro a la fama de Terencio; de Cicerón, el rey de las letras, como era padre de la patria; de César, en fin, autor de obras de gramática, astronomía, religión y literatura; de César, rival de Arquíloco en la sátira, y de Sófocles en la tragedia; de Demóstenes en la elocuencia, y cuyos *Comentarios* son la desesperación de los historiadores?

A pesar de estos y otros infinitos ejemplos, el talento literario, evidentemente el primero de todos, porque no excluye ninguna otra facultad, será siempre en esta nación un obstáculo al adelanto político: ¿para qué sirve, en efecto, una elevada inteligencia? Absolutamente para nada. Los necios no conceden nada a los Grocios, a los Federicos, a los Bacon, a los Tomás Moro, a los Spencer, a los Falkland, a los Clarendon, a los Bolingbroke, a los Burke y a los Canning de Francia.

Nuestra vanidad no reconocerá nunca en un hombre, ni aun de genio, dos ap-

titudes y la facultad de hacer también, como un talento vulgar, cosas comunes. Si sobrepujáis en una sola línea las concepciones comunes, mil imbéciles exclamarán al punto: «Os perdéis en las nubes»; encantados de vivir abajo, en donde se obstinan en pensar. Esos pobres envidiosos, en razón de su secreta miseria, se rebelan contra el mérito, y devuelven compasivamente a Virgilio, Racine o Lamartine sus versos. Pero, soberbios señores, ¿a dónde se os puede enviar a vosotros? Al olvido, que os espera a veinte pasos de vuestra habitación, mientras que veinte versos de aquellos poetas llevarán a sus autores a la posteridad.

LOS FRANCESES EN ROMA. — PASEOS. — MI SOBRINO CRISTIÁN DE CHATEAUBRIAND.

La primera invasión de los franceses en Roma, en tiempo del Directorio, fué infame y expoliadora: la segunda, en la época del Imperio, fué inicua; pero, llevada a efecto, reinó el orden.

La República pidió a Roma, por un armisticio, veintidós millones, la ocupación de la ciudadela de Ancona, cien cuadros y estatuas, y cien manuscritos, a elección de los comisionados franceses. Se quería, especialmente, tener el busto de *Bruto* y el de *Marco Aurelio*: ¡tanto eran los que entonces se llamaban *Bruto* en Francia! Y era muy lógico que desearan poseer la piadosa imagen de su padre putativo; pero Marco Aurelio, ¿de quién era pariente? Atila, para alejarse de Roma, sólo pidió cierta cantidad de libras de pimienta y de seda: en nuestro tiempo ha sido rescatada, por un momento, con cuadros. Grandes artistas, muchas veces descuidados y desgraciados, dejaron sus obras maestras para servir de rescate a las ciudades ingratas que no habían sabido apreciarlos.

Los franceses del Imperio tuvieron que reparar los estragos que habían causado en Roma los franceses de la República: también debían una expiación a aquel saqueo de Roma, ejecutado por un ejército que conducía un príncipe francés: tocaba a Bonaparte poner orden en las ruinas que otro Bonaparte había visto aumentar, y cuyo hundimiento había él descrito. El plan que siguió la administración francesa para desembarazar el foro, fué el que propusiera Rafael a

León X: hizo salir de la tierra las tres columnas del templo de Júpiter tonante; puso de manifiesto el pórtico del templo de la Concordia; descubrió el suelo de la vía sacra; hizo demoler las nuevas construcciones de que estaba lleno el templo de la Paz; quitó las tierras que cubrían la gradería del Coliseo; vació la arena del interior, e hizo reaparecer siete u ocho salas de los baños de Tito.

Al mismo tiempo fué explorado el Foro de Trajano; se reparó el Panteón, las Termas de Diocleciano, y el templo de la Pudicidad patricia. Se asignaron fondos para reparar fuera de Roma las murallas de Falerios y el sepulcro de Cecilia Metella.

Se continuaron las obras de conservación para los edificios modernos: San Pablo, extramuros, que ya no existe, vió reparar su techumbre; Santa Inés, San Martino al Monti, fueron protegidos contra el tiempo. Se relucieron los techos y suelos de San Pedro; establecieronse pararrayos para proteger la cúpula de Miguel Angel: se marcó el sitio para dos cementerios, al Este y al Oeste de la ciudad; y el del Este, junto al convento de San Lorenzo, quedó concluido.

El Quirinal cubrió su indigencia interior con el lujo de los pórfiros y de los mármoles romanos: designado para palacio imperial, Napoleón, antes de habitarlo, quiso hacer desaparecer de él los vestigios del rapto del pontífice, cautivo en Fontainebleau. Se había proyectado echar abajo la parte de la ciudad situada entre el Capitolio y Monte-Cavallo, a fin de que el vencedor subiera por una inmensa avenida a su morada cesárea: los sucesos hicieron desaparecer esos sueños gigantescos, destruyendo enormes realidades.

Entre los proyectos trazados se contaba el de construir una serie de malecones desde Ripetta hasta Ripa grande; los cuatro islotes de casas entre el castillo de San Angel y la plaza Rusticucci habían sido comprados en parte y debían ser demolidos. De ese modo habría quedado abierto un ancho paseo sobre la plaza de San Pedro, que se hubiera podido ver desde el pie del castillo de San Angel.

Los franceses construyen paseos en todas partes: en el Cairo he visto una gran plaza que plantaron de palmeras y rodearon de cafés, a los que dieron nombres tomados de los de París: en Roma mis

compatriotas crearon el Pincio, al que se sube por una rampa. Al bajar dicha rampa vi el otro día pasar un carruaje, en el que iba una mujer, joven todavía: por su cabellera rubia, su poco garbo y la poca elegancia de su belleza, me pareció una gruesa y blanca extranjera de la Westfalia: era la señora Guiccioli: nada podía estar menos en armonía con el recuerdo de lord Byron. ¿Qué importa? La hija de Ravena (de quien, por otra parte, estaba cansado cuando tomó el partido de morir) no dejará de ir a colocarse en el Eliseo, conducida por la musa y a aumentar las divinidades de la tumba.

Por último, al oriente del Coliseo se eleva hoy un bosque de creación francesa: nunca se encuentra a nadie en él, y aunque se ha hecho grande, parece una maleza que crece al pie de una gran ruina.

Plinio el Joven, escribía a Máximo:

«Os envían a Grecia, en donde ha tenido origen la urbanidad, las letras y hasta la misma agricultura. Respetad a los dioses, sus fundadores, la presencia de esos dioses; respetad la antigua gloria de aquella nación y la vejez sagrada de las ciudades, tan venerable como la de los hombres; tributad homenaje a sus antigüedades, a sus célebres hazas, hasta a sus mismas fábulas. Nada emprendáis contra la dignidad, la libertad ni aun la vanidad de nadie.

»Procurad tener presente que hemos tomado nuestro derecho de ese país; que no le hemos impuesto leyes, después de haberlo vencido, sino que nos ha dado las suyas después de habérselo suplicado. En Atenas, en Lacedemonia es donde debéis mandar; sería inhumano, sería una crueldad y una barbarie quitarles la sombra y el nombre de libertad que les quedan.»

Cuando Plinio escribió estas nobles y tiernas palabras a Máximo, ¿sabía que estaba redactando instrucciones para pueblos entonces bárbaros, que llegarían un día a dominar sobre las ruinas de Roma?

Voy a dejar Roma muy pronto, y espero volver a ella. Renace mi cariño hacia esa Roma tan triste y tan bella: tendré un panorama en el Capitolio, en donde el ministro de Prusia me cederá el pequeño palacio Caffarelli: en San

Onofre me he procurado otro retiro. Mientras llega mi marcha y mi vuelta, no ceso de vagar por el campo: no hay camino entre dos vallados que no conozca mejor que los senderos de Combourg: desde la cima del monte Mario y de las colinas inmediatas descubro el horizonte del mar hacia Ostia, y descanso bajo los ligeros y ruinosos pórticos de la villa Madama. Cuando salgo por la puerta Pia, voy al puente Lamentano sobre el Teverone, admirando de paso en Santa Inés una cabeza de Jesucristo, por Miguel Angel, que guarda el convento casi abandonado. Las grandes obras de los grandes maestros, esparcidas así por el desierto, llenan el alma de una profunda melancolía. Me desconsuela que hayan reunido los cuadros de Roma en un museo: habría tenido más placer en buscar la *Transfiguración* en el monasterio de Recoletos de San Pedro in Montorio por las pendientes del Janículo, bajo la cascada de *l'Acqua Paola*, o a través de la solitaria calle *delle Fornaci*. Cuando uno mira el sitio que ocupaba en el altar mayor de la iglesia el ornamento de los funerales de Rafael, no puede menos de sentir su corazón lleno de tristeza.

Más allá del puente Lamentano se extienden a la izquierda, hasta el Tíber, praderas amarillentas: el río que bañaba los jardines de Horacio pasa por ellos desconocido. Al seguir el camino real se encuentra el suelo de la antigua vía Tiburtina. Este año he visto llegar a ella la primera golondrina.

Por el camino de Ostia me dirijo a San Pablo, presa últimamente de un incendio; descanso sobre algún pórfido calcinado, y desde allí contemplo a los trabajadores que reconstruyen en silencio una nueva iglesia: ya me habían enseñado algunas columnas bosquejadas en la bajada del Simplón: la historia del Cristianismo en Occidente principia en San Pablo, extramuros.

En Francia, cuando construimos alguna pequeñez, hacemos un ruido espantoso: una porción de máquinas y gran cantidad de hombres y de gritos. En Italia se emprenden cosas inmensas casi sin moverse nadie. El papa está haciendo reconstruir, en los actuales momentos, la parte derruida del Coliseo: media docena de mozos levantan, sin andamiajes, el coloso sobre cuyos hombros murió una nación cambiada en obreros esclavos. Cerca de Verona me he detenido muchas

veces a contemplar a un cura que construía por sí solo un enorme campanario: el arrendatario de la parroquia era el albañil.

Muchas veces doy la vuelta a las murallas de Roma a pie; al recorrer ese camino de la ronda leo la historia de la reina del universo pagano y cristiano, escrita en las construcciones, la arquitectura y las diferentes edades de aquellas murallas.

Mis excavaciones no son más que una variedad de los mismos placeres. Desde la cima de cualquier colina descubro la cúpula de San Pedro. ¿Qué se paga al propietario del sitio en donde hay enterrados tesoros? El valor de la hierba destruida por las excavaciones. Quizá daré yo mi barro a la tierra en cambio de la estatua que ella me dé: no haremos más que cambiar una imagen de hombre por otra de la misma clase.

Cuando el tiempo es desapacible, me retiro a San Pedro, o me extravío en los museos de ese Vaticano de las once mil habitaciones y de las diez y ocho mil ventanas (Justo Lipsio). ¡Qué soledades de obras maestras! Se llega allí por una galería, en cuyas paredes están incrustados epitafios y antiguas inscripciones: la muerte parece haber nacido en Roma.

Hay en esta ciudad más sepulcros que muertos. Me parece que los difuntos, cuando se sienten ya demasiado calientes en sus lechos, se deslizan a otro que quedó vacío, como se traslada a un enfermo de una cama a otra. Hasta parece oírse pasar los esqueletos durante la noche de ataúd en ataúd.

La primera vez que vi Roma era a fines de junio. La estación de los calores aumenta el abandono de la ciudad; los extranjeros huyen; los habitantes del país se encierran en sus casas, y durante el día no se encuentra a nadie por las calles. El sol fulmina sus rayos sobre el Coliseo, del que cuelgan plantas inmóviles, y en donde no hay más movimiento que el de los lagartos. La tierra está desnuda; el cielo sin nubes parece más desierto aún que la tierra. Pero luego la noche hace salir a los habitantes de sus palacios y a las estrellas del firmamento: la tierra y el cielo vuelven a poblarse: Roma resucita, y aquella vida que se reproduce en silencio en las tinieblas alrededor de las tumbas, se parece a la vida y al paseo de las sombras que vuelven a bajar al Erebo al aproximarse el día.

Ayer anduve errante a la claridad de la luna por la campiña entre la Puerta Angélica y el monte Mario. Escuchábase a un ruiseñor en un estrecho valle rodeado de cañas. Sólo allí encontré esa tristeza melódica de que hablan los antiguos poetas con respecto al ave de la primavera. El agudo silbido que todos conocen, y que precede a los brillantes trinos del alado cantor, no era penetrante como el de nuestros ruiseñores: había en él algo de opaco, como el silbido de los bubrelos de nuestros bosques. Sus notas eran medio tono más bajas: su estruendo estaba transportado de mayor a menor; cantaba a media voz, pareciendo querer encantar el sueño de los muertos y no despertarlos. Por aquellos terrenos incultos habían pasado la Lidia, de Horacio; la Delia, de Tibulo; la Corina, de Ovidio, y sólo había quedado la Filomela, de Virgilio. El himno de amor era poderoso en aquel lugar y a aquellas horas, e inspiraba cierta pasión por una segunda vida. Según Sócrates, el amor es el deseo de renacer por mediación de la belleza, y ese deseo era el que hacía sentir una muchacha griega a un joven a quien le decía: «Si no me quedara más que el hilo de mi collar de perlas, lo compartiría contigo.»

Si tengo la dicha de acabar aquí mis días, me he proporcionado en San Onofre un reducto contiguo al cuarto donde murió el Taso. En los momentos perdidos de mi embajada continuaré mis *Memorias* en la ventana de mi celda. En uno de los más hermosos lugares de la tierra, entre los naranjos y las encinas verdes, con Roma entera ante mis ojos, todas las mañanas, al ponerme a trabajar, entre el lecho de muerte y la tumba del poeta, invocaré al genio de la gloria y del infortunio.

En los primeros días de mi llegada a Roma, cuando vagaba así a la aventura, encontré entre los baños de Tito y el Coliseo un colegio de niños. Un maestro, con el sombrero alicaído, arrastrando su destrozado manto, y semejante a un pobre hermano de la doctrina cristiana, era quien los conducía. Al pasar a su lado le miro, figurándome ver en él cierto aire parecido al de mi sobrino Cristián de Chateaubriand; pero no me atreví a dar crédito a mis ojos. Miróme él a su vez, y, sin mostrar ninguna sorpresa, exclamó: «¡Tío mío!» Me precipité hacia él todo conmovido, y le estreché en mis brazos. Con un ademán detuvo él de-

trás de sí a su rebaño, obediente y silencioso. Cristián estaba a la vez pálido y moreno, minado por la fiebre y tostado por el sol. Me dijo que estaba encargado de la prefectura de los estudios en el colegio de los jesuitas, a la sazón en vacaciones en Tívoli: había olvidado casi su lengua, y se expresaba con dificultad en francés, no hablando ni enseñando más que en italiano. Contemplé con los ojos bañados en lágrimas aquel hijo de mi hermano, convertido en extranjero, vestido con un chaquetón negro y empolvado, maestro de escuela en Roma, y cubriendo con un fieltro de cenobita su noble frente que tan bien ceñía el casco.

Yo había visto nacer a Cristián: algunos días antes de mi emigración asistí a su bautismo, en el que habían estado presentes su padre, su abuelo, el presidente Rosambo y su bisabuelo el señor de Malesherbes. Este le tuvo en la pila, dándole su nombre, Cristián. La iglesia de San Lorenzo estaba desierta y ya medio devastada. La nodriza y yo tomamos al niño de manos del cura.

Io piangendo ti presi, e in breve cesta
Fuor ti portai. (Taso.)

El recién nacido fué llevado a su madre y colocado sobre su lecho, en donde ésta y su abuela, la señora de Rosambo, le recibieron con lágrimas de alegría. Dos años más tarde, el padre, el abuelo, el bisabuelo, la madre y la abuela habían perecido en el cadalso, y yo, testigo del bautismo, vagaba desterrado. Tales fueron los recuerdos que la aparición súbita de mi sobrino hicieron revivir en mi memoria en medio de las ruinas de Roma. Cristián pasó huérfano la mitad de su vida, y la otra mitad la ha consagrado a los altares, hogar siempre abierto del padre común de los hombres.

Cristián profesaba a su digno hermano Luis un cariño ardiente y celoso: cuando éste se casó, partió para Italia, en donde conoció al duque de Rohán-Chabot, y encontró a la señora Recamier: lo mismo que su tío, fué a vivir a Roma, él en un claustro y yo en un palacio. Se hizo religioso para devolver a su hermano una fortuna que no creía poseer legítimamente por las nuevas leyes, y así es que Malesherbes y Combourg son ahora de Luis.

Después de nuestro encuentro inesperado al pie del Coliseo, Cristián, acompañado de un hermano jesuita, fué a verme a la embajada: tenía el continente

triste y el aire serio: en otro tiempo siempre se estaba riendo. Pregúntele si era feliz, y me respondió: «He sufrido mucho tiempo; ya mi sacrificio está hecho, y me encuentro bien.»

Cristián heredó el carácter enérgico de su abuelo paterno, señor de Chateaubriand, mi padre, y las virtudes morales de su bisabuelo materno, señor de Malesherbes. Sus sentimientos los tiene ocultos; no obstante, los muestra, sin tener en cuenta las prevenciones del vulgo, cuando se trata de sus deberes. Después que renunció al servicio, se ha descubierto que socorría en secreto a una porción de oficiales y soldados: todavía tiene algunos pensionados en los graneros de París, y Luis satisface las deudas fraternales. Un día, en Francia, pregunté a Cristián si se casaría: «Si llegara a casarme — me contestó —, lo haría con alguna de mis parientas, la más pobre.»

Cristián no es hombre de este siglo, y me recuerda aquellos duques y condes de la corte de Carlomagno, que, después de haber luchado contra los sarracenos, fundaban conventos en los sitios desiertos de Gellone o de Madavalle, quedándose de religiosos en ellos. Le tengo por un santo, y le invocaría de buen grado. Estoy convencido de que sus buenas obras, unidas a las de mi madre y de mi hermana Julia, me alcanzarían gracia cerca del eterno juez. También tengo yo inclinación al claustro; pero llegada mi hora iría a pedir asilo a la Porciúncula, bajo la protección de mi patrono, llamado Francisco, porque hablaba francés.

Quiero arrastrar solo mis sandalias, y por nada de este mundo sufriría que hubiera dos cabezas en mi sayal.

A la señora Recamier.

«Roma, 16 de mayo de 1829.

»Esta carta saldrá de Roma algunas horas después de mi marcha, y llegará algunas horas antes que yo a París. Con ella va a terminar esa correspondencia que no ha faltado un solo correo y que debe formar un volumen entre las manos de usted. Experimento una mezcla de alegría y de tristeza que no puedo explicarle: por espacio de tres o cuatro meses estuve bastante disgustado en Roma; ahora he vuelto a cobrar cariño a estas nobles ruinas, a esta soledad tan profunda, tan apacible y tan llena, sin embargo, de interés y recuerdos. Quizá

también el éxito inesperado que aquí he obtenido haya contribuido a ese cambio: llegué en medio de todas las prevenciones suscitadas en contra mía, y todo lo he vencido: parece que me echan de menos. ¿Qué voy a encontrar en Francia? Ruido en vez de silencio, agitación en vez de calma, desvarios, ambiciones, luchas de puesto y de vanidad. Es tal el sistema político que he adoptado, que nadie lo querría quizá, y también, por otra parte, no me lo dejarían poner en ejecución. Todavía me encargaría de proporcionar bastante gloria a Francia, como he contribuido a procurarle una gran libertad; pero, ¿me dejarían el campo libre? ¿Me dirían: «sea usted el amo, disponga de todo a riesgo de su cabeza»? No: tan lejos están de decirme eso, que se avendrían con todo el mundo antes que conmigo; sólo me admitirían después de haber sufrido la repulsa de todas las medianías de Francia; y creerían hacerme un gran favor relegándome a un rincón obscuro. Voy a buscarla: embajador o no, en Roma es donde querría morir. En cambio de una vida breve, tendría al menos una gran sepultura hasta el día en que fuese a llenar mi cenotafio en las arenas que me vieron nacer. Adiós: ya he caminado muchas leguas hacia usted.»

París, agosto y septiembre de 1830,
calle del Infierno.

REGRESO DE ROMA A PARÍS. — MIS PROYECTOS. — EL REY Y SUS DISPOSICIONES. — EL SEÑOR DE PORTALIS Y EL SEÑOR DE MARTIGNAC. — PARTIDA A ROMA. — LOS PIRINEOS. — AVENTURA. — MINISTERIO POLIGNAC. — MI CONSTERNACIÓN. — VUELVO A PARÍS. — ENTREVISTA CON EL SEÑOR DE POLIGNAC.—PRESENTO LA DIMISIÓN DE MI EMBAJADA DE ROMA.

Tuve un gran placer en volver a ver a mis amigos: sólo pensaba en la dicha de llevarlos conmigo y terminar mis días en Roma. Escribí para asegurarme más aún del pequeño palacio Caffarelli, que pensaba alquilar en el Capitolio, y de la celda que deseaba tener en San Onofre. Adquirí dos caballos ingleses y los hice marchar a las praderas de Evandro. Ya decía adiós a mi patria con una alegría que merecía castigo. Cuando uno ha viajado en su juventud, pasando muchos años fuera de su país, se acostumbra a